

Encauzando mi vida

Estaba sumido, como en un oscuro pozo, en las más monótonas y odiosas de las rutinas. Monótona, porque todas las cosas que veía allí apenas se distinguían entre sí, también agazapadas en la oscuridad, destacando tan solo sus contornos.

Odiosa, más que nada, porque no era algo ajeno a mí, que proviniese del exterior, y a lo cual me pudiese enfrentar. No estaba metido en esa clase de rutinas. Ojalá. Mi rutina era mucho más intensa y, sobre todo, carente de salida -que era lo que me angustiaba. Porque lo que se sucedían monótonamente en mi vida no eran las acciones- desayunar, trabajar, volver a casa, cenar, dormir y vuelta a empezar. Ojalá fuese eso lo que se repitiese en mi vida, porque, hasta la más tediosa de las rutinas, escondería cierto sentido en sus entrañas. Pero, en mi caso, lo que se sucedían, era los pensamientos, las percepciones. Daba igual lo que hiciese durante el día: todo iba a tener matices oscuros, que irían acrecentándose a medida que pasaba el día. Mi simple mirada serviría de antítesis de una linterna: todo, todo lo que veía era despojado de su luz, de su sentido, para ir a parar a la más oscura sin razón/confusión. Se trataba, por tanto, de una rutina creada por mí mismo, que provenía de mis adentros, y que poco tenía que ver con lo que pudiese hacer o dejar de hacer. Por eso, era tan difícil escapar de esta rutina.

Obviamente, no me adentré en esta rutina conscientemente. Fui entrando poco a poco, sin darme cuenta. Cada pequeña decisión que tomase me llevaba a estar un poco más adentro de esta. Así, paulatinamente, me vi inmerso en un mundo en el que nunca quise entrar -al menos, no deliberadamente-, pero en el que me metí hasta el fondo.

Y poco podían hacer los que me rodeaban por evitar que hiciese esto: era un proceso tan lento y silencioso, que pocos se percataron de lo que estaba sucediendo en mi interior; y los que lo vieron venir a tiempo, solo realizaron intentos en vano.

Al principio, sus intentonas las recibía con tibieza/apatía, sabiendo que de poco iban a servir sus palabras. Pero pronto, su optimismo e inocencia, empezó a levantar en mí cierta sorpresa, que poco a poco fue convirtiéndose en desdén: me molestaba su forma de ver las cosas, tan simple, tan estúpida. Me daba la sensación de que, en el fondo, sabían la verdad, de que se engañaban a sí mismos para no tener que hacer frente a la desgarradora realidad, para que la vida se les hiciese menos "patética". Y creía que yo, por el contrario, veía el mundo tal y como era.

Tal vez, ese fue mi error: en un intento de escapar de la mediocridad, traté de "colocarme por encima de todos", de buscar mis propias explicaciones a lo que acontecía en mi vida.

Este ejercicio tan difícil, naturalmente, no estaba preparado para hacerlo: cogía la realidad por completa, sin someterla previamente a cualquier juicio o filtro, lo que suponía no darle ninguna explicación, sino "acogerlo" tal cual me lo encontraba, con todos sus matices: blancos y negros, que, al fundirse, creaban ese tono grisáceo y heterogéneo que es la vida. Pero poco tiempo fue el que conservó ese tono grisáceo: ante mi inmadurez, y mi escasa capacidad analítica, los matices más oscuros iban acentuándose, salpicando prácticamente todo, hasta que ya no quedaba nada por salpicar, pues todo quedó del mismo tono apagado.

Lo peor de este proceso es que es muy difícil que uno se de cuenta de que está sucediendo, de que está pudriendo poco a poco su vida. Uno se da cuenta de lo que ha pasado mucho tiempo después, cuando echa la mirada atrás, cuando todo parecía más "fácil y alegre". Se da cuenta de que algo ha cambiado. Uno busca obstinadamente lo que ha podido originar este cambio., pensando en una persona que ya no está, en algo sumamente drástico. Pero, al ver que nada de esto ha sucedido, lo achaca a su antigua inocencia, que le hacía ver las cosas de otro modo, completamente irreal, y se siente agradecido por haber cambiado, y ahora ver la realidad tal y como es -o como cree que es-, avergonzándose de su antiguo yo.

Esto fue lo que hice yo, hasta que me percaté de que algo iba mal, que la vida no era tan horrible como me figuraba y que el fallo emanaba de mí, de cómo lo percibía todo.

Este pensamiento me asaltaba varias veces por semana, como una alarma que, ante cierto umbral de sufrimiento, me recordase que tenía que cambiar. Siempre que esto sucedía me daba la razón, me decía que aquello no podía seguir así. Pero no hacía nada. Esperaba que el cambio que anhelaba llegase por sí solo, sin ningún esfuerzo por mi parte, como si se tratase de pasar una gripe. Pero sabía que tenía que hacer algo, y esperaba hacerlo pronto, aunque no supiese el qué. Tan solo esperaba que sucedería, que un día me levantaría con la idea clara de lo que tenía que hacer y que todo volvería a la normalidad.

Permanecí meses así, hastiado ante todo lo que pasaba a mi alrededor, sin hacer nada, convencido de que llegaría un momento en el que todo se solucionaría. Hasta que me di cuenta de que este cambio no sucede inesperadamente, de un día para otro, sin que haya hecho nada para que ocurra.

Al contrario. Salir de este pozo requirió de mi esfuerzo diario: me vi obligado a permanecer en un constante estado de alerta para no tomar ninguna decisión desacertada. Para que cada paso que de fuese lo más firme y pertinente posible. Sin duda, era eso lo que debería hacer, porque la vida no se construye en base a grandes acciones que hay que realizar solamente un par de veces en la vida. Ojalá fuese así de sencillo. En realidad, acciones de este tipo, aunque no carecen de relevancia, son, tan solo, la punta del iceberg. Lo realmente decisivo son los pequeños actos, que se suceden unos tras otros cada día y que aparentemente no tienen ninguna trascendencia: quedarse cinco minutos más en la cama, saludar al entrar en un sitio, tomarse otra copa más... cosas sin importancia aparente, pero que realmente son las que te encauzan hacia un modelo de vida u otro.

Claro está que, para facilitar este largo trayecto, y no descarrilar ante cualquier posibilidad de corromperse, lo ideal es tener un ideal, unos valores fuertes y cohesionados, que le guíen a uno en su día a día, que le ayuden a no perder el rumbo.